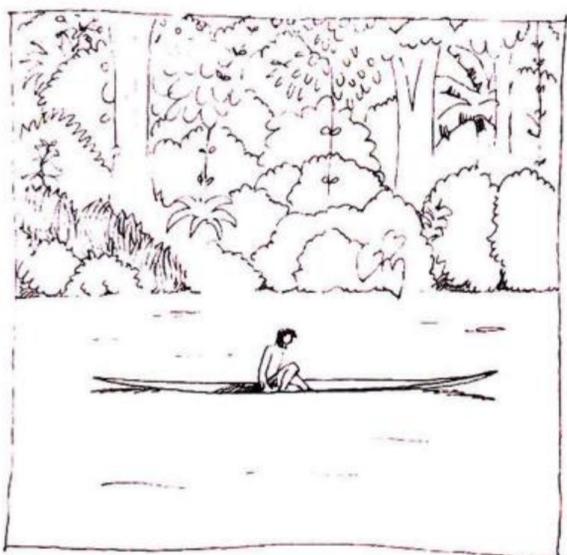


pues llegó a ser en Europa su gran amigo. Tan *amigo* (¿como Ursúa?) que Medina llega a confesar: “Llegué a preguntarme por qué Teofrastus no era mujer para poder amarlo plenamente, pero nuestra amistad fuerte y exaltada fue lo más parecido al amor que conocí en aquellos veranos” (pág. 327). ¿Y en los *otros* veranos, querido Cristóbal? ¿Acaso Ursúa? No hay mujeres en esta historia. Mujeres de Medina, quiero decir... Pero, ¿hay *otro*? Claro, todo parece indicar que ando preguntando por los indios, y en este momento recuerdo que el narrador sí llega a experimentar un sentimiento de ternura por Unuma, un indio llevado de las sierras peruanas al infierno líquido del Amazonas..., ni más ni menos que como esclavo, y de hecho como sobreviviente de una brutal masacre (y aquí me abstuve de no caer en redundancia o tautología: léase el episodio del asesinato de los indios de la expedición por órdenes de Pizarro a sus perros de presa). ¿O el *otro* es el propio Medina, extrañado de su propio destino inicial de hijo de conquistador? ¿O la *otra* es su madre indígena, a quien sólo reconoce cuando se encuentra frente a su tumba?



No es *El País de la Canela*, en todo caso, una “novela de formación” (y no vuelvo sobre lo de “novela”). Y no lo es porque Medina escribe con pleno dominio de su instrumento lingüístico y poético y no lo vemos desbarrar siendo joven, es decir, por ser joven, sino porque se enfrenta a lo desconocido, y aun así

lo hace con las armas de su maestro Oviedo, e incluso las de su padre conquistador. Aun así, su existencia como narrador y personaje (es decir, ahora, el amigo de Ursúa) nos propone a fuerza, desde dentro de su discurso y su palabra, un heroísmo y un valor. Heroísmo y valor que fácilmente estaríamos tentados a bombardear como blanco europeísta y discriminatorio... Y sin embargo, este Medina nos gana en la conjunción de la palabra y el infortunio. Otra épica del sufrimiento (que “humaniza”): como la del Vasco de Gama de Camoens; como la del Alonso Ramírez de Sigüenza.

ÓSCAR TORRES DUQUE

Mejor novelista que cronista

El miedo a la oscuridad

Sandro Romero Rey

Alfaguara, Bogotá, 2010, 264 págs.

Aunque el autor es bastante popular en el medio en que me muevo y hasta creo haberme topado con él en algún espacio institucional, sólo he leído uno de sus libros, *Clock around the Rock. Crónicas de un fan fatal*, del que escribí una reseña crítica (Boletín Cultural y Bibliográfico, Bogotá, Biblioteca Luis Ángel Arango, Banco de la República, vol. XLV, núms. 79-80, 2011, págs. 264-266) en la que aunque reconocía que estas crónicas eran bien escritas, cuestionaba si no eran demasiado arrogantes y, en lugar de permitirle al lector disfrutar conjuntamente con el escritor de los conciertos de los que daban cuenta, más bien le refregaban en la cara el hecho de que Sandro Romero sí había ido y uno no.

Ahora me encuentro con esta novela del dramaturgo, guionista y periodista caleño, *El miedo a la oscuridad*, y lo primero que tengo que decir es que me gusta mucho más el Sandro Romero novelista que el cro-

nista. Su novela es divertida, lo atrapa a uno entre sus páginas y se deja leer, como dirían algunas señoras aficionadas a la lectura fácil. Y que diga que es lectura fácil para nada es peyorativo. Por el contrario. Para mí significa que su lenguaje no es farragoso, que el relato es claro y que uno se entretiene con ella, es decir, que capta su atención.



En esta novela, un joven atormentado que vive con su madre, una mujer también atormentada, y que recurre al Xanax, el ansiolítico tal vez más consumido en el mundo, para lidiar con sus ataques de pánico, busca a su padre valiéndose para ello de un detective: Brausen. El padre ha desaparecido hace años sin dejar rastro alguno y de él no se tienen más testimonios que los documentales que realizó y unos manuscritos que se descubren a lo largo del relato. Toda esta trama, llena de tristeza a veces, con mucho humor otras tantas, transcurre en la Cali de los años ochenta que aquí, en lugar de ocupar un papel protagónico como en las novelas y cuentos de Andrés Caicedo, el gran escritor caleño, opera como telón de fondo del drama humano que vive Daniel Vasco, un personaje por lo demás egoísta, autocentrado, casi incapaz de amar y adolescente sempiterno, para quien la búsqueda del padre finalmente no parece importar tanto como su propia búsqueda interior.

Y entonces, de la mano de Vasco, vivimos aventuras con mujeres que terminan enrollándose con otras

mujeres, oímos música, nos paseamos por las calles de la ciudad, cometemos asesinatos fantásticos, nos condolemos, nos reímos y participamos en una apoteósica fiesta para despedir el siglo xx en la que se reúnen toda clase de especímenes, algunas rara avis y otros simples y llanos habitantes de esta ciudad donde la rumba ha sido reina.



Por la manera en que se narra, la búsqueda del padre le da a la novela un cierto tono psicológico y, a la vez, policivo. Llama la atención que en los últimos tiempos he encontrado dos novelas que abordan este tema: *Demasiados héroes* (2009), de Laura Restrepo, y ésta de Sandro Romero. Tal vez se trata de que —como lo enunciaba una amiga cercana, productora de un excelente programa de opinión en señalcolombia— en nuestro país hay que mirar con detenimiento el fenómeno del no padre, es decir, el hecho de que aquí la mayoría de las personas no tiene padre, bien porque éste se ha ido (lo han matado, se ha largado de la casa, nadie sabe bien quién es, etc.) o porque aún estando es abandonado (prefiere a sus amigos que la vida del hogar, es alcohólico, tiene varias familias, no sabe ni siquiera en qué año del colegio están sus hijos, etc.). En todo caso, esta búsqueda, que es el eje de la novela tal y como la leí, se desenvuelve en dos sentidos: uno que es el de la pregunta interna por el padre, el deseo profundo de conocerlo, de aprehenderlo, y otro el relato policiaco en el que sobresale el hu-

mor y la ironía. En definitiva, Daniel Vasco no encuentra al padre pero se encuentra un poco a sí mismo.

El relato de las peripecias de Daniel en la búsqueda del padre no es contado por una sola voz y tampoco es lineal. Aunque en alguna página el narrador omnisciente proclama que de este libro no va a poder hacerse una película, no es de extrañar que por su formación el autor utilice recursos que provienen de la cinematografía: los *flashbacks*, los *flashforwards* y los intercortes para mencionar sólo algunos. Todos estos recursos técnicos le dan a la novela un sabor lejano al clásico, fragmentado, en el que el lector mismo debe reconstruir la historia.

Así mismo, en la novela reseñada se detecta un deleite con el lenguaje: juegos de palabras, diálogos locos y bien contruidos, en algunas ocasiones algo de verbosidad que no llega a incomodar del todo, referencias hipertextuales y toda clase de artificios que enriquecen el texto y le dan un tono juvenil que puede resultar muy apropiado para adolescentes... De nuevo, esto no es peyorativo... De cierta manera, algunos escritores colombianos que he leído (Andrés Caicedo el maestro de estas artes; Germán Silva Pabón y Francisco Montaña para mencionar sólo los que se me vienen ahora a la cabeza) abordan temáticas adolescentes desde una mirada adolescente que bien podrían ser buenos abrebocas para introducir a los jóvenes al precioso arte de la literatura (¡a ver si algún día salimos de una vez para siempre de Harry Potter!).

En *El miedo a la oscuridad* hay varios libros, varios cuentos, muchas voces masculinas y femeninas, algunas preguntas profundas y, en general, un material que resulta muy legible y que se aparta de la gloriosa tradición del realismo mágico de nuestro mejor escritor y plantea una narrativa novedosa en la que Colombia, con sus desvaríos y locuras, no puede estar ausente: “Allá afuera el mundo no va a cambiar nunca porque en Colombia nada cambia ni nada se transforma el mundo se revuelca para que todo siga igual”.

Pero igual no será con la narrativa y aunque nada cambie para siempre, hay que estar atentos a los nuevos narradores como Sandro Romero que aportan novedosas perspectivas a nuestra literatura del siglo xxi.

MÍRIAM COTES BENÍTEZ

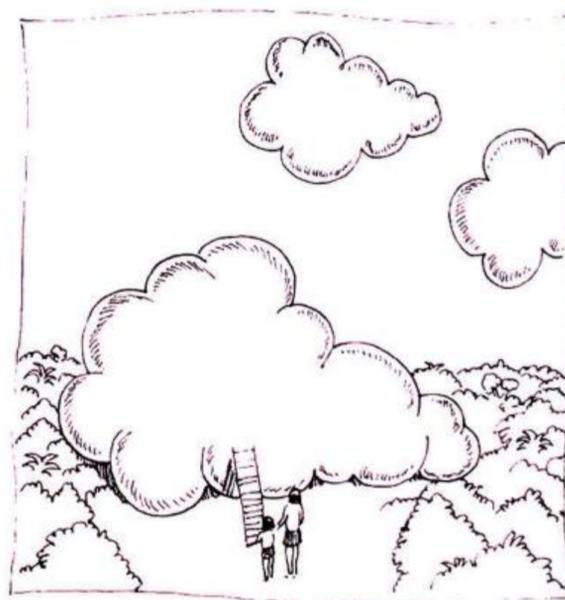
Una novela con método, pero perdedora

Hotel Pekín

Santiago Gamboa

Seix Barral, Bogotá, 2008, 220 págs.

Santiago Gamboa estudió Literatura en la Universidad Javeriana de Bogotá y Filología Hispánica en la Universidad Complutense de Madrid. Algunas de sus novelas como *Perder es cuestión de método* (1997) y *Vida feliz de un joven llamado Esteban* (2000) han sido traducidas a varios idiomas, recibido buena crítica y leídas con gusto. Gamboa recorre el mundo de las letras alternando el oficio de periodista.



Nació en 1965, se mueve en la actualidad entre ese espacio del joven talento que ya no es tan joven y entra a una generación intermedia en la que necesita mostrar todo su talento y tenacidad para seguir ya no